

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así á lo menos llevaré á la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor á albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

EL POEMA DEL MAL AMOR

I

EN LA SIESTA

La jaula del canario limpia Flora,
Sara sobre un sofá yace tendida,
dejando ver su carne pecadora
á través de la bata descosida.

Conchita peina á Elena. La señora,
con su mano enjoyada y presumida
acaricia á una gran gata de Angora
en su falda de raso adormecida.

Cose Amelia, á la luz de la ventana.
 Los compases de un tango marca Juana
 que Luz sobre la mesa golpetea,

mientras, llevando un cubo, la Felisa,
 desgrefiado el cabello y en camisa,
 por el largo pasillo chancletea.

II

EN LA ALCOBA

Un lecho y un lavabo; cuatro sillas...
 El quinqué de petróleo se consume,
 y atufa el aire un híbrido perfume
 de opopónax, jabones y colillas.

Tú te vas desnudando, no por vicio,
 sino con esa indiferencia muda
 de la que sabe que quedar desnuda
 á los ojos de todos es su oficio.

Yo, acallando mis ansias sensuales,
pienso — puesta la sien sobre la mano —
con cierto dejo de melancolía,

en esas planchas de los hospitales
donde el alumno sobre el cuerpo humano
practica su lección de Anatomía!...

III

AMELIA

A pesar de su risa y su alegría,
de su bondad y de su eterno agrado,
tienen sus ojos la melancolía
de un temeroso pájaro enjaulado.

Es la cigarra loca del encierro.
Como una niña canta, ríe y juega,
con esa dócil sumisión del perro
que va á lamer la mano que le pega.

Al beso y al placer su labio incita.
 Mas al quedarse sola, sollozante
 se agita de dolor desesperada...

¿Qué habrá sido de aquella viejecita
 que dejó, al escaparse con su amante,
 en su lecho de enferma abandonada?...

IV

SARA

Sara es viciosa. Su pupila obscura
 de incitantes promesas es venero...
 Bebe como un tudesco, y fuma y jura
 con el canalla argot de un marinero.

Su placer es violento. Besa, muerde
 y grita, y al final de la batalla,
 muere su voz y hasta la vista pierde
 y en nerviosos ataques se desmaya.

¡Oh, jilguero embriagado de alegría,
nadie te vió llorar!... Tan sólo un día
furtivo llanto se asomó á tus ojos

y tu mirada se perdió en el cielo,
viendo dos hilos de tu sangre rojos
temblando en la blancura de un pañuelo!...

V

SIN NOMBRE

Se llama Flora, Margarita, Elena...
La verdad no la sabe ningún hombre,
que al entrar al burdel, casi sin pena,
quiso en sus puertas olvidar su nombre.

Entre las otras se destaca fino
su perfil melancólico—oro y nieve...
No fuma nunca, y raras veces bebe,
porque dice que tiene muy mal vino.

Pero hay momentos en que ríe loca,
mientras el llanto tiembla en sus pestañas,
y entonces una copa no rehusa...

Un recuerdo asfixiante la sofoca...
¿Qué será de la flor de sus entrañas
arrojada en el torno de la Inclusa?...

VI

ORGANILLO

Al sacrificio del amor me apremia
tu charla: obscenidad y picardía,
mezcla de lupanar y de bohemia,
con su sal y pimienta de poesía.

Siguiendo el ritmo de tu cigarrillo,
lanzas á media voz esas canciones
que rasga por la tarde el organillo
bajo el pequeño abril de tus balcones!

De súbito te calas mi sombrero,
y el impudor de un tango callejero
en tu lasciva ondulación revelas...

¡Cómo tiemblan tus senos y tus flancos
á los compases de las castañuelas!...
Y ¡qué negros tus ojos... y qué blancos!

VII

SOBRE LAS TECLAS

— ¡Déjame! — suspiraste protestando
de mis locos y lúbricos derroches,
y de tus ojos en las negras noches
dos lágrimas de amor miré temblando...

¡Qué bella estabas de pudor llorando!...
Y mi mano, sin miedo á tus reproches,
rasgando cintas y rompiendo broches,
prosiguió tus tesoros buceando!

Y con mis dedos, ágiles y diestros,
 en estos juegos del amor maestros,
 por la impaciencia del placer guiados,

mientras palideciste estremecida
 conmoví tus más íntimos teclados
 con la canción más dulce de la vida!

VIII

LOS DIENTES DEL SATIRO

Bajo el ardor de los estivos oros
 del cenit, por las mieses amarillas
 bramaba, persiguiendo á las novillas,
 la enclada lujuria de los toros.

Dormida estaba en el frescor del heno,
 bajo la sombra de pomposa parra,
 cuando para cantar, una cigarra
 buscó un refugio en su desnudo seno.

Por la túnica abierta se veía
la carne palpitar... Mi sangre ardía...
Un sátiro zumbón, la roja furia

de su semblante erótico asomaba
entre el ramaje, y fijo te miraba
rechinando los dientes de lujuria!

IX

CADENAS DE HIEDRAS

Mi mano experta desfloró el encanto
de tus virginidades de novicia,
y en la nocturna soledad propicia
tu voz era un sollozo ahogado en llanto.

Por fin, mis labios suplicaron tanto
que te entregaste... Un beso... Una caricia...
Y avergonzada de nuestra impudicia,
la sombra de la noche se hizo manto!

Se poseyeron en un centelleo
fugitivo de luz nuestras miradas,
y nuestros brazos fueron en la furia

desbordante de savias del deseo,
dos hiedras confundidas y enlazadas
al árbol inmortal de la Lujuria!

X

LA FUENTE ETERNA

La sabia mano á cuyo tacto ardiente
vibra la carne como un instrumento,
prolongó la agonía del momento
en una languidez intermitente...

¡Oh, el cálido contacto de tu frente!
¡Oh, tu dorso desnudo y opulento
echado sobre mí, como un sediento
sobre la superficie de una fuente!

Mis besos perfumaron el vacío
de un húmedo y mortal escalofrío...
Y bajo tu melena estremecida

en un áureo manojó de serpientes,
sentí sangrar y sucumbir mi vida,
entre el canibalismo de tus dientes!

XI

EL MONSTRUO

Con tu oscura mirada desafías!...
Su luz quema los huesos, muerde y besa,
y se nutre como una vampiresa
con la sangre de nuestras agonías!...

Inquisición de amor!... Y tus sombrías
pupilas, en su fondo, tienen esa
perversidad senil que flota impresa
en los espejos de las mancebías!...

En su cristal á mi deseo ofreces
— multiplicados en la estimulante
hibridez de sus formas y sus trazos —

todas las convulsivas desnudeces
de ese monstruo carnal y jadeante
de cuatro piernas y de cuatro brazos!

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	7
Baladas de Cetrería:	
I.—¡La cabalgada!... ¡La cabalgada!.....	19
II.—Mueren los astros; brotan las flores.....	21
III.—Sonoramente va galopando.....	23
IV.—Por las laderas y las vertientes.....	25
V.—El Halconero divaga errante.....	27
VI.—¡Pobre halconero!... ¿Qué le ha pasado?..	31
VII.—Por la alegría fresca y sonora.....	35
VIII.—En el retiro más apartado.....	37
IX.—Entre sonrisas y entre canciones.....	39
La cartuja interior:	
I.—Yo no sé qué dolor, gota á gota.....	43
II.—Era un grito no más!... Era un grito.....	45
III.—Negra nube la tarde embaraza.....	47
IV.—El claro estruendo de las campanas.....	49
V.—¡Duerme! ¡Duerme! — decirnos parece.....	51
VI.—Las cancelas están derrumbosas.....	53